

La Comédiathèque

Los Rebeldes

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Los Rebeldes

Jean-Pierre Martinez

En la adultez, nuestras vidas no siempre son como las habíamos soñado a los veinte años. Por el contrario, el recuerdo idealizado de nuestros veinte años suele estar bastante alejado de la realidad de nuestra juventud. Entre nuestras vidas soñadas y nuestra vida real se esconde la nostalgia de todas las posibilidades. Queda la eterna pregunta: ¿realmente podríamos haber vivido otra vida, o todo esto estaba escrito de antemano? Esta comedia agridulce dibuja con pequeñas pinceladas el retrato tragicómico de algunos personajes con destinos frustrados.

Personajes :

Victor

Fred

Max

Tom

Cecilia

Alicia

1. Entrada de emergencia

Él está de pie, con los brazos cruzados, frente a una puerta imaginaria. Ella llega.

Cecilia – Disculpe, ¿es aquí la entrada de los artistas?

Tom – Afirmativo.

Cecilia – Entonces, es por aquí por donde van a salir.

Tom – ¿Quiénes?

Cecilia – ¡Los miembros del grupo! ¡Los Rebeldes!

Tom – Ah, no lo creo.

Cecilia – Me acaba de decir que era por aquí.

Tom – Le dije que era la entrada de los artistas.

Cecilia – ¿Y entonces?

Tom – No le dije que fuera la salida de los artistas.

Cecilia – ¿Es que también hay una salida de los artistas?

Tom – Eso no lo sé, señorita. A mí me dijeron que vigilara esta puerta, la vigilo, y eso es todo...

Cecilia – Pero mire, junto al cartel de “entrada de los artistas”, también dice “salida de emergencia”.

Tom – Ah, sí...

Cecilia – Eso significa que también pueden salir por aquí.

Tom – Si hay un incendio, sí.

Cecilia – ¿Cree que solo saldrán por aquí si hay un incendio?

Tom – Un incendio o...

Cecilia – Si hay una salida de emergencia... tal vez también haya una entrada de emergencia.

Tom – ¿Para qué?

Cecilia – No sé... En caso de que haya un incendio afuera.

Tom – Tal vez.

Cecilia – Entonces, ¿no sabe por dónde van a salir?

Tom – No.

Cecilia – No está enterado de mucho. Para ser un vigilante...

Tom – Solo hago mi trabajo.

Cecilia – ¿Y cuál es su trabajo?

Tom – Vigilar la entrada de los artistas.

Cecilia – ¿Para qué?

Tom – Para que nadie entre.

Cecilia – Excepto los artistas, entonces.

Tom – Excepto los artistas.

Cecilia – Bueno, pero yo no quiero entrar. Solo quiero pedirles un autógrafo cuando salgan.

Tom – Para salir, primero tendrían que haber entrado.

Cecilia – Ah, ¿entonces no han entrado todavía?

Tom – No.

Cecilia – Podría habérmelo dicho antes.

Tom – No me lo preguntó.

Cecilia – De acuerdo...

Tom – Entonces, siempre puede pedirles cuando entren.

Cecilia – ¿Pedirles qué?

Tom – Preguntarles por dónde van a salir.

Cecilia – Sería más fácil pedirles un autógrafo directamente cuando entren, ¿no?

Tom – Eso lo decide usted.

Cecilia – ¿Y si me deja entrar?

Tom – ¿Para qué?

Cecilia – Para esperarlos adentro. Tengo la sensación de que va a llover...

Tom – Ah, eso no va a ser posible, señorita. A menos que...

Cecilia – ¿A menos que...?

Tom – A menos que me deje su número de teléfono.

Cecilia – Usted no tiene vergüenza, ¿verdad?

Tom – No, pero te estoy tomando el pelo.

Cecilia – ¿Qué?

Tom – Obviamente ya están aquí, el concierto comienza en un cuarto de hora.

Cecilia – De acuerdo... Eres un cómico. Para ser un vigilante...

Tom – Seguro que es porque no soy vigilante.

Cecilia – ¿Entonces, quién eres?

Tom – Vine para el concierto, como tú. Salí a fumar un porro mientras esperaba a que empezara. Es un grupo del barrio, ya sabes. No son los Rolling Stones. ¿De verdad crees que tienen dinero para pagar un vigilante?

Cecilia – No sé...

Tom – En cualquier caso, ya tienen una fan. De hecho, eres la única. Les va a hacer ilusión.

Cecilia – Yo también te estaba tomando el pelo. En realidad, si buscaba la entrada de los artistas, era para poder entrar sin pagar. Como te tomé por un vigilante...

Tom – Entiendo...

Cecilia – ¿Crees que se puede entrar por ahí?

Tom – Seguramente. Yo conseguí salir.

Cecilia – Bueno, entonces voy para allá...

Tom – Pero todavía no entiendo por qué insistes en entrar por la salida de emergencia.

Cecilia – Ya te lo dije. Para no pagar.

Tom – ¿Pagar? El concierto es gratis. ¿De verdad crees que alguien pagaría para escuchar a Los Rebeldes?

Ella parece desconcertada.

Cecilia – Tienes razón, debí confundirlos con otro grupo...

Tom – Dame tu número. Cuando haya un grupo que realmente valga la pena, te llamaré...

Cecilia – Claro...

Él enciende un porro y se lo ofrece.

Tom – ¿Quieres? Es libanés.

Ella toma el porro, da una calada y hace una mueca.

Cecilia – ¿Esto viene del Líbano?

Tom – Bueno, el tipo que me lo vendió era libanés. Al menos, eso me dijo...

2. Desacuerdo

Max está allí con un bajo que está afinando. Fred llega con una guitarra.

Max – ¿Has echado un vistazo a la sala?

Fred – Sí...

Max – ¡Está a reventar, te das cuenta! Incluso parece que hay algunos que intentan entrar por la salida de emergencia.

Fred – ¡Ah, sí?

Max – No lo vas a creer, pero una chica me pidió un autógrafo...

Fred – ¿Le diste tu número?

Max – Ni siquiera...

Fred – ¿No era muy buena?

Max – Tenía catorce años...

Fred – Entiendo...

Max – ¿Pero lo oyes?

Fred (*con la mente en otro lado*) – ¿Qué?

Max – Se están impacientando. Ya están aplaudiendo. ¡Nuestro público nos está pidiendo!

Fred – Ah, sí...

Max – Fred, siento que algo está pasando aquí. Ya verás, amigo. Dentro de unos años, cuando saquemos nuestro tercer álbum, recordaremos este concierto y diremos que aquí es donde todo comenzó.

Fred parece estar buscando algo.

Fred (*preocupado*) – Sí...

Max – ¿Estás bien? ¿No estás demasiado colocado, al menos?

Fred – No, no... Bueno, sí, pero...

Max – ¿Qué pasa?

Fred – He roto una cuerda.

Max – Tienes tiempo suficiente para cambiarla. Además, si nos hacemos esperar un poco... Eso aumentará la presión.

Fred – El problema es que... no tengo la cuerda de repuesto.

Max – ¿No tienes cuerdas de repuesto?

Fred – Sí, pero... no esa.

Max – ¿Cómo que no esa?

Fred – La cuerda de si. No tengo la cuerda de si.

Max – ¿Es una broma?

Fred – No...

Max – ¡Mierda, Fred...!

Fred – ¿No tendrás una tú?

Max – Sí. Tengo dos juegos de cuerdas de repuesto para mi bajo. Aunque las cuerdas de bajo no suelen romperse con frecuencia, ya sabes.

Fred – Lo siento...

Max – ¿No hay una tienda de música cerca?

Fred – Es domingo.

Max – Mierda... ¿Entonces qué hacemos?

Fred – Bueno... no tocaré con esa cuerda, eso es todo.

Max – Genial...

Fred – Bueno, me quedan cinco.

Max – Si no rompes otra antes...

Fred – ¿Qué quieres? Es mi lado destroy. Jimi Hendrix rompía su guitarra en el escenario...

Max – Sí, pero él esperaba al final del concierto. Y estoy seguro de que él siempre tenía un juego de cuerdas de repuesto. ¿Por qué no tienes cuerdas de repuesto?

Fred – No tenía dinero.

Max – Eso... Pero para comprar droga, siempre tienes dinero.

Fred se acerca a él, amenazante.

Fred – Oye, ¿te crees mi madre o qué?

Max – Eres tú quien me toma por tu madre, Fred. ¿Entonces, yo debería tener cuerdas de repuesto para tu guitarra de mierda? Estoy harto de tocar con una banda de perdedores.

Fred – Nadie te retiene, Max. Eres un fastidio para todos. Nosotros estamos aquí para divertirnos, no para escuchar tus lecciones de moral...

Fred se va. Victor llega.

Victor – ¿Has visto la gente que hay en la sala?

Max – Sí.

Victor – Desde que tenemos una cantante, tenemos mucho más éxito, ¿te has dado cuenta?

Max – Ella canta mal.

Victor – Aparentemente, los tipos no vienen solo para escucharla... Hay un problema?

Max – Fred ha roto una cuerda.

Victor – ¿Y entonces?

Max – No tiene cuerda de repuesto.

Victor – Ah, mierda... (*Saca un porro, lo enciende, da una calada y se lo ofrece a Max.*) ¿Quieres? Es libanés...

Max – No, gracias, prefiero mantenerme lúcido...

Victor (*riendo*) – ¿Lúcido?

Max – Entonces tú también estás colocado.

Victor – Completamente. Bueno, ¿nos vamos? Creo que nuestro público nos está pidiendo...

Max – ¡Mierda, Victor, no entiendes! Fred ya toca como un manco con seis cuerdas, imagina con cinco. El público nos va a destrozar...

Victor – ¿El público? No te preocupes. ¡Son nuestros amigos! Y están aún más colocados que nosotros...

3. Salida

Victor y Fred están sentados en una mesa tomando café.

Victor – Genial... Entonces te vas en tres semanas, ¿no?

Fred – El primero de mayo, sí. El día del trabajo, yo me voy de vacaciones por un año. O más, ya veremos...

Victor – No serán exactamente vacaciones, ¿no?

Fred – Cuando necesite dinero, trabajaré un poco como cocinero o camarero. Es muy fácil allí. Hay trabajo para todos. Y los Franceses son muy apreciados. Sobre todo en la restauración. Sin mencionar a las chicas, claro...

Victor – El mito del French lover... Qué suertudo... Te vas a divertir.

Fred – Puedes venirte conmigo.

Victor – No puedo, lamentablemente. Empiezo mi año de prácticas en septiembre en un banco en París. Y si no quiero pasar tres horas de transporte al día, tengo que trabajar este verano para pagarme un cuarto de servicio.

Fred – Ah, ya.

Victor – Es mucho menos glamuroso.

Fred – Desde luego...

Victor – ¿Se lo has contado a Max?

Fred – Sí. Lo vi ayer.

Victor – ¿Y cómo está?

Fred – Lo conoces... Con Max nunca está del todo bien.

Victor – Se está presentando a las oposiciones para ser profesor. Está un poco nervioso.

Fred – Casi no nos vemos.

Victor – Creo que trabaja mucho.

Fred – O tal vez me guarda rencor. No sé por qué.

Victor – Creo que nos guarda rencor a los dos por haber dejado el grupo. Y ahora, tú también te vas. Entonces, ¿Los Rebeldes se acabaron?

Fred – Ya se habían acabado, ¿no?

Victor – Hay que aceptar la realidad, nunca nos habríamos convertido en estrellas.

Fred – No estrellas del rock, al menos...

Victor – De todos modos, he vendido mi batería para pagar el depósito de mi cuarto.

Fred – Y yo mi guitarra para comprar mi billete de avión.

Pausa.

Victor – Los Rebeldes, qué nombre más estúpido. No recuerdo quién lo inventó en su momento.

Fred – Fui yo.

Victor – Ah, sí, es verdad...

Fred – Cuando era interno en el colegio, en mi internado de curas, era una verdadera prisión. Solo podíamos salir por los fines de semana. Y aún así, si no nos ponían en castigo. Y, por supuesto, no era mixto.

Victor – Vaya...

Fred – ¿Te imaginas? A la edad en la que solo pensábamos en deshacernos de nuestra virginidad, toda la semana entre chicos, de día y de noche. No sé cómo no me volví homosexual.

Victor – ¿Y no intentaste escapar?

Fred – Un día organicé una huelga para protestar por nuestras condiciones de detención. Todos parecían dispuestos. Pero al final, de cuatrocientos alumnos, solo tres nos negamos a volver a clase.

Victor – Los Rebeldes...

Fred – Había un tipo en mi clase que se decía comunista. El típico alumno modelo, ya sabes, pero muy comprometido políticamente. Le pregunté por qué se negaba a participar en nuestro movimiento de protesta. ¿Sabes lo que me respondió?

Victor – No.

Fred – Me dijo: "Es una rebelión, no una revolución..."

Victor – Ah, sí...

Fred – No sé cómo le va hoy con su revolución. Yo trato de seguir siendo un rebelde.

Victor – ¿Y cómo terminó vuestra rebelión?

Fred – Esperaba que me echaran, pero no. Ni siquiera. Nos castigaron durante cuatro fines de semana seguidos.

Victor – Ah, sí, lo recuerdo. No te vimos durante mucho tiempo.

Fred – Me prometí que después del bachillerato no dejaría que nadie me encerrara en algún lugar. Y mucho menos en una oficina...

Victor – Sí.

Fred – ¿No te asusta la perspectiva de pasar el resto de tu vida en un banco?

Victor – Qué quieres... No soy tan guapo como tú. Si quiero encontrar chicas, no puedo contar solo con mi físico. Así que tengo que hacerme mucho dinero...

Fred – Yo voy a aprovechar mientras siga siendo joven y guapo... Después... me apoyaré todo en el humor.

Silencio.

Victor – ¿Vendrás a Normandía para mi cumpleaños? Es dentro de quince días.

Fred – Por supuesto.

Silencio.

Victor – ¿Estás seguro de que estás bien?

Fred – Perfecto.

Victor – Era lo que querías, ¿no? Irte de aquí. Conocer el mundo.

Fred – Sí... En tres semanas, ¡me voy a América! Os enviaré postales, lo prometo.

Victor – Y nos volveremos a ver.

Fred – Claro...

Intercambian una mirada significativa.

4. Futuro

Cecilia y Alicia están sentadas tomando café.

Alicia – ¿Vas a Normandía para el aniversario de Victor?

Cecilia – Sí. Puedo llevarte, si quieres. Mi madre me presta su coche.

Alicia – Genial. (*Un momento*) Max me dijo que él estaría allí, creo.

Cecilia – OK... (*Un momento*) Pero, ¿por qué me dices eso?

Alicia – ¿Qué?

Cecilia – Sobre Max.

Alicia – Lo dije así, sin más...

Cecilia – Vamos... He escuchado... como una pequeña insinuación en tu voz.

Alicia – Para nada.

Cecilia – Vamos a ser unos cien en la fiesta. ¿Por qué me hablas de Max?

Alicia – No sé... Max y tú...

Cecilia – Qué tontería. ¿Quién te dijo eso?

Alicia – Nadie. Pero todo el mundo sabe que está enamorado de ti, ¿no?

Cecilia – ¿Todo el mundo?

Alicia – Excepto tú, al parecer. ¿No te gusta?

Cecilia – ¿Fue él quien te pidió que me lo dijeras?

Alicia – En absoluto, te lo aseguro... (*Un momento*) Bueno, sí, un poco...

Cecilia – Pensaba que ya habíamos pasado la edad de estas niñerías.

Alicia – Pues no él, ¿ves? (*Un momento*) Entonces, ¿qué?

Cecilia – Me cae bien, pero... es solo un amigo.

Alicia – Entiendo.

Cecilia – Sí, por supuesto, me he dado cuenta de que...

Alicia – ¿Qué?

Cecilia – Que me mira de una manera rara.

Alicia – Es bastante guapo, ¿no?

Cecilia – Pero es tan serio. Si paso una noche con él, me da la impresión de que la mañana siguiente me llevará el desayuno a la cama y me pedirá matrimonio. Y que, al mes, estaremos pidiendo muebles en IKEA.

Alicia – Y...

Cecilia – No consigo imaginarme así.

Alicia – Lo entiendo.

Cecilia – Y, sinceramente, un tipo que ni siquiera tiene el coraje de preguntarte en persona si quieres salir con él.

Alicia – Supongo que tenía miedo de recibir un rechazo.

Pausa.

Cecilia – ¿Y tú?

Alicia – ¿Yo?

Cecilia – ¿Te gusta Max?

Alicia – No sé... Por qué no...

Cecilia – ¿Ah, sí?

Alicia – Solo dije... por qué no.

Cecilia – Y él te manda a hablar conmigo en su lugar...

Alicia – Parece que lo impresionas.

Cecilia – Lamentablemente, no es recíproco. ¿Lo ves a menudo?

Alicia – A veces estudiamos juntos para las oposiciones.

Cecilia – Ya veo... ¿Le digo que te gustaría salir con él?

Alicia – Sería bastante divertido...

Cecilia – Sí.

Alicia – Pero un poco cruel.

Cecilia – Él también lo ha buscado, ¿no?

Ríen.

Alicia – ¿Y tú, qué harás el año que viene?

Cecilia – No lo sé... Ni siquiera sé qué voy a hacer este verano.

Alicia – ¿No vas a dejar la universidad, verdad? Como Fred...

Cecilia – ¿Fred?

Alicia – Se va a Estados Unidos a fin de mes.

Cecilia – Ah, sí... ¿Se va por mucho tiempo?

Alicia – No lo sé.

Cecilia – Es un tipo raro, Fred.

Alicia – Más divertido que Max, desde luego.

Cecilia – No, quiero decir... él siempre está bromeando, pero...

Alicia – ¿Qué?

Cecilia – No sé si es tan alegre como quiere hacer creer.

Alicia – ¿Crees que es gay?

Cecilia – No... Bueno, no lo sé. ¿Tú crees que es gay?

Alicia – No sé... Podrías intentarlo, ya verás...

Cecilia – De todos modos, tiene toda la razón en irse de aquí.

Alicia – Sí... ¿Ya has ido alguna vez a Estados Unidos?

Cecilia – Creo que lo más lejos que he ido en mi vida es a Barcelona.

Alicia – ¿En serio? ¿Nunca has tomado un avión?

Cecilia – Sí... para ir a Barcelona.

Alicia – ¿Estás bromeando?

Cecilia – No, te lo aseguro. ¿Y tú? ¿Has viajado mucho?

Alicia – En todo caso, me he mudado mucho. Hasta los diez años. Mi padre era militar. Pero mudarse no es realmente lo mismo que viajar, sabes. He vivido en varios países de África. Ni siquiera sé cuáles. Para mí, mudarme era sobre todo dejar a mis amigas. Cuando llegaba a algún lugar, sabía que no debía encariñarme. Porque a los seis meses, o como mucho dos años, me iría. Y nunca más las volvería a ver.

Cecilia – ¿Y después?

Alicia – Después, mi padre murió, y dejamos de mudarnos. Es terrible decirlo, pero creo que la muerte de mi padre fue un alivio para mí... La posibilidad, finalmente, de poder establecerme en algún lugar. (*Parece al borde de las lágrimas.*) ¿Tú no te vas a mudar, verdad?

Cecilia – No, tranquila... Me quedo aquí.

Cecilia pone su mano sobre la de Alicia para tranquilizarla.

5. Taxi

Alicia está allí, pareciendo esperar algo. Tom llega. También empieza a esperar. La mira de reojo. Ella evita su mirada.

Tom – Disculpa, ¿estás esperando un taxi?

Alicia – Sí...

Tom – No, no te preocupes, no digo eso para... No es solo para iniciar una conversación.

Alicia – ¿Una conversación?

Tom – Quiero decir, no es para ligar contigo. Solo quería saber si estás esperando un taxi.

Alicia – Entiendo...

Tom – Podrías estar esperando otra cosa.

Alicia – ¿Qué se puede esperar en una estación de taxis? ¿Un autobús?

Tom – Entonces estás esperando un taxi...

Alicia – ¿Y...?

Tom – Y como tú eras la primera, el próximo taxi será para ti, eso es todo. De ahí mi pregunta. Ahora sé que tendré que esperar el siguiente.

Alicia – Lo siento por ti.

Tom – No, no, no te disculpes... No es grave.

Alicia – No estaba disculpándome.

Un momento de silencio.

Tom – De repente tengo una duda...

Alicia – ¿Otra vez?

Tom – ¿Estás segura de que es una estación de taxis?

Alicia – Hay un letrero. Dice "taxi".

Tom – Sí, pero eso no significa nada.

Alicia – ¿Ah, no?

Tom – En un sitio como este... No es seguro que haya una estación de taxis.

Alicia – ¿Entonces por qué diría "taxi"?

Tom – Puede que sea solo un punto de encuentro. En las pequeñas estaciones rurales, suele ser así.

Alicia – No es realmente una pequeña estación rural...

Tom – Las pequeñas ciudades de provincia, si lo prefieres. La gente pide un taxi con antelación para ir al hospital, o a algún otro lugar, y al día siguiente el taxi los espera en ese lugar. A una hora precisa. Frente al letrero que dice "taxi".

Alicia – ¿Ah, sí?

Tom – ¿Has pedido un taxi?

Alicia – No.

Tom – Solo queda esperar que sea una verdadera estación de taxis...

Silencio un poco más largo, mientras se instala la duda.

Alicia – ¿Entonces crees que estamos esperando en vano?

Tom – No lo sé...

Un momento.

Alicia – ¿Y si llamamos a una compañía de taxis?

Tom – Eso es solo en París. En algunas grandes ciudades de provincia, tal vez. Ciertamente no aquí...

Alicia – Bueno... entonces esperemos.

Un momento.

Tom – ¿Tienes la hora, por favor? (*Alicia le lanza una mirada sorprendida.*) No, pero no digo esto para...

Alicia – ¿Iniciar una conversación...?

Tom – No tengo reloj... (*Alicia nota el reloj en su muñeca.*) Bueno, sí tengo uno, pero... la batería está muerta.

Alicia – ¿Por qué sigues usándolo, entonces?

Tom – No lo sé... Supongo que me había acostumbrado a él...

Alicia – Entiendo...

Tom – No, es una broma. La batería acaba de morir. Justo hace un rato.

Alicia – Mala suerte.

Tom – Entonces...

Alicia – ¿Entonces?

Tom – ¿Tienes la hora?

Alicia – Ah, lo siento... (*Mira su reloj.*) Es casi medianoche...

Tom – Medianoche...

Alicia – Sí... Hay pocas posibilidades de que alguien haya pedido un taxi para ir al hospital a esta hora.

Tom – A menos que sea una emergencia... Pero en caso de infarto o derrame cerebral, no se pide el taxi la noche anterior, ¿verdad?

Alicia – No... probablemente no.

Tom – Bueno, no sé... Puede que realmente sea una estación de taxis...

Alicia – Vamos a esperar un poco más.

Tom – Aunque sea una estación de taxis, no significa necesariamente que venga un taxi. Un domingo por la noche, a medianoche, en esta ciudad de mierda...

Alicia – No eres muy optimista, ¿verdad? No sé si hice bien en aceptar iniciar la conversación, al final.

Tom – Lo siento... Pero puedo ser muy divertido a veces, ¿sabes?

Alicia – Más bien sin querer, imagino.

Tom – ¿Puedo preguntarte a dónde vas?

Alicia – ¿Para qué?

Tom – Ah no, no digo esto para...

Alicia – ¿Para ligar conmigo?

Tom – Solo que... sería ya un milagro que llegue un solo taxi en menos de una hora, así que un segundo... Pensé que si vamos más o menos en la misma dirección, podríamos compartir. Quiero decir, tomar el mismo taxi.

Alicia – Sí, no lo sé...

Tom – ¿Hacia dónde vas?

Alicia (*señalando una dirección*) – Voy por allá...

Tom (*un poco desconcertado*) – Ah, sí...

Alicia – ¿Y tú?

Tom – Yo también... Más o menos...

Alicia – Primero debería llegar un taxi.

Tom – Te aseguro que no digo esto para ligar, pero...

Alicia – Si dejara de empezar todas tus frases con "no digo esto para ligar", te aseguro que sería un poco más creíble.

Tom – Lo siento...

Un momento de silencio.

Alicia – Bueno, adelante, te escucho.

Tom – No, no, es solo que... tengo la sensación de haberte visto en algún lugar antes.

Alicia se queda un momento desconcertada.

Alicia – Espere... “¿Tienes la hora?”, “Tengo la impresión de haberte visto en algún lugar antes?” ¿Cuál es la próxima pregunta? “¿No tendrás fuego, por favor?” Relájate un poco. Ya hemos iniciado la conversación.

Tom – Está bien.

Alicia – Si tienes cosas interesantes que decirme, puedes hacerlo, te escucho. No te desgastes con los preliminares, porque te aseguro que los preliminares no son lo tuyo...

Tom – Lo siento, es solo que... realmente tenía la impresión de haberte visto antes en algún lugar.

Alicia – Perdón, estoy un poco nerviosa...

Un momento. Él saca un cigarro y busca en sus bolsillos algo para encenderlo. En vano.

Tom – Así que, no me atrevo a preguntarte si tienes fuego...

Alicia – No tengo. No fumo.

Él guarda su cigarro.

Tom – Qué pena... Bueno, quiero decir, pena para mí... Qué bien para ti si no fuma.

Alicia – Sí.

Un momento.

Tom – Esperando el taxi...

Alicia – Sí, lo había entendido.

Tom – No, es... Es el título de una canción que escribí hace mucho tiempo.

Alicia – ¿Escribes canciones?

Tom – Sí... Bueno, no, ya no más, pero... ¿Por qué, tengo cara de alguien que escribe canciones?

Alicia – No lo sé. No conozco a nadie que escriba canciones. Bueno, no personalmente. ¿Y de qué trataba esa canción?

Tom – Es la historia de un tipo que... que espera el taxi.

Alicia – Sí, por el título ya lo sospechaba un poco. ¿Eso es todo?

Tom – Fue hace mucho tiempo. No lo recuerdo muy bien, pero... El estribillo era: espero el taxi, taxi, taxi...

Alicia – Espero el taxi, taxi, taxi...?

Tom – Sí. Es lo que recuerdo...

Alicia – Entiendo... ¿Y al final llegó tu taxi?

Tom – No... Verás... todavía lo estoy esperando...

Alicia – No es muy alentador.

Tom – Bueno, esta historia del taxi era simbólica, por supuesto. El tipo que espera el taxi... que lo llevará a algún lugar. Era un poco yo cuando era más joven, ¿sabes? Yo o alguien más. A los dieciocho años, todos esperamos que algo suceda, ¿verdad? Que la vida nos abrace. Que alguien venga...

Alicia – Entiendo. Y en su caso, entonces, nadie vino.

Tom – No... Bueno, sí... Desde entonces, he tomado bastantes taxis, por supuesto. Pero no el que me habría llevado a donde realmente quería ir.

Alicia – ¿Y a dónde querías ir, exactamente?

Tom – No lo sé...

Alicia – Sí, pues yo por ahora, me gustaría regresar a casa.

Tom – Entonces, no vives con tus padres.

Alicia – No. ¿Por qué? ¿Vives con tus padres?

Tom – No... Bueno, depende.

Alicia – ¿Depende?

Tom – Depende de los días.

Alicia – Entiendo...

Un momento de silencio.

Tom – ¡Ya lo tengo, ahora me acuerdo!

Alicia – ¿De qué?

Tom – De dónde nos hemos visto antes.

Alicia – ¿Y entonces?

Tom – También estabas en esa fiesta, en casa de Víctor, esa noche.

Alicia – Sí, efectivamente... Lo siento, no me acuerdo de ti.

Tom – Te invité a bailar. De hecho, rechazaste...

Alicia – No te dejó mucha impresión, no te acordabas de mí antes...

Tom – Allí había una luz ambiental, te veía más... Aquí con los neones...

Alicia – Gracias.

Tom – No, pero también eres muy bonita.

Alicia – Y ahora, ¿estás seguro de que no estás tratando de ligar conmigo?

Tom – Ahora, tal vez un poco, sí.

Alicia – Había planeado regresar con una amiga que tiene coche, pero ella encontró un tipo allá, así que...

Tom – Ah, sí, mala suerte. Bueno, quiero decir, para ti.

Alicia – Pensé que podría encontrar un taxi. ¿Y tú?

Tom – En realidad... no estaba realmente invitado a esa fiesta. Bueno, sí, pero... Fui invitado por una amiga que al último momento no pudo venir, así que...

Alicia – Entonces, no conocías a nadie.

Tom – Así que no me veía quedándome a dormir allí.

Alicia – Esa delicadeza te honra.

Tom – Vine en tren. Pero perdí el último. El próximo es a las 7:32 de mañana, lo he comprobado.

Alicia – Y mientras tanto, la estación está cerrada.

Tom – No sé si vale la pena esperar.

Alicia – ¿Para el taxi, quieres decir?

Tom – Hay que aceptar la evidencia, ningún taxi vendrá aquí esta noche.

Alicia – Vivo a treinta kilómetros, no puedo regresar a pie.

Tom – Aparte del tren de las 7:32, no veo otra opción.

Alicia (*mirando su reloj*) – Apenas es medianoche. ¡No vamos a esperar aquí durante siete horas!

Tom – Sobre todo porque no hace mucho calor.

Alicia – Podríamos regresar allá, por supuesto, pero...

Tom – ¿A esa fiesta, quieres decir?

Alicia – En casa de Victor, sí.

Tom – Honestamente, no estoy seguro de querer volver allí.

Alicia – ¿Ah, sí?

Tom – De hecho, fue Victor quien me echó.

Alicia – ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Tom – Una oscura historia de dinero que había desaparecido en un bolso. Como yo era el único que nadie conocía, evidentemente, era el culpable ideal. Te juro que no fui yo.

Alicia – Lo sé.

Tom – Gracias. Entonces, ¿no tengo cara de ladrón que roba en los bolsos de los invitados a fiestas donde no estoy invitado?

Alicia – Sí. De hecho, un poco esa cara sí que tienes.

Tom – Entonces, ¿cómo sabes que no fui yo quien robó ese dinero?

Alicia – Porque ese dinero es mío. Pensaba que había desaparecido. Se lo conté a mi amiga, Cecilia, quien se lo dijo a Victor. Pero acabo de encontrar mi dinero en el forro de mi bolso.

Tom – Entiendo. Entonces, en resumen, es gracias a ti que me echaron como a un ladrón.

Alicia – No sabía que mi amiga le contaría a Victor. Y que se armaría todo un lío. De hecho, es un poco por eso que me fui. Estaba muy incómoda...

Tom – Y yo también.

Alicia – Lo siento mucho.

Tom – Sí.

Alicia – Mira, si al final llega un taxi, te invito a que lo tomes conmigo. Te dejaré en tu casa y yo pagaré el viaje.

Tom – No corres muchos riesgos. Ningún taxi vendrá aquí esta noche.

Alicia – ¿Entonces, qué puedo hacer para que me perdones? Aunque todo esto no es realmente culpa mía...

Tom – Gritar "¡ladrón!" porque no encuentras tu dinero... y dejar que acusen a un inocente.

Alicia – Bueno, tampoco hay para tanto. Yo no acusé a nadie, fue mi amiga quien...

Tom – Vi el odio en sus miradas, te lo aseguro. Podrían haberme linchado...

Alicia – ¿Estás seguro de que no estás exagerando un poco?

Tom – OK, hay una cosa que podrías hacer para que te perdone.

Alicia – Diga...

Tom – Concédeme esta danza.

Alicia – ¿Perdón?

Tom – Hace un rato te invité a bailar y rechazaste. Concédeme esta danza.

Alicia – ¿Aquí? ¿En una estación de taxis?

Tom – No tenemos nada urgente que hacer, ¿no?

Alicia – ¡Ni siquiera hay música!

Tom – La tengo en mi teléfono móvil. Me debes eso, ¿no?

Alicia duda.

Alicia – Está bien, pero solo vamos a bailar, ¿de acuerdo?

Tom – De acuerdo.

Saca su móvil, pone un lento muy clásico, deja el teléfono en el suelo y abre los brazos.

Alicia – ¿Siempre estás listo para poner un lento en cuanto conoces a una chica en una estación de taxis?

Tom – Si prefieres otra canción...

Alicia – Vamos allá. Después de todo, ¿qué riesgo corro, si no estás intentando ligar conmigo?

Acepta que la abraza y comienzan a bailar.

6. Propuesta de matrimonio

Alicia toma un café. Max llega.

Alicia – ¿Cómo estás?

Max – Tengo un poco de resaca, pero estoy bien. Creo que me pasé un poco con el champán...

Alicia – No es todos los días que uno casa a su mejor amigo.

Max – No...

Alicia – Estuvo bonito.

Max – Sí.

Alicia – Hacía tiempo que no estábamos todos juntos así.

Max – Sí... Bueno... casi todos...

Alicia – Deberíamos hacer esto más a menudo.

Max – Sí. Tendremos que encontrar otra ocasión.

Pausa.

Alicia – Tengo una idea, pero...

Max – ¿Ah, sí?

Alicia – ¿No tú?

Max – No sé...

Pausa.

Alicia – Ya llevamos un tiempo juntos. Estoy embarazada...

Max (*fingiendo sorpresa*) – ¿Estás embarazada? (*Ella no parece encontrarlo gracioso.*) Es una broma...

Alicia – Lo sé, tradicionalmente... sería más bien tu tarea hacerme la propuesta, pero... como no llega.

Max – Lo siento, no pensé que... fuera importante para ti.

Alicia – No dije que fuera importante, pero... sería lógico, ¿no?

Max – ¿Lógico?

Alicia – Quiero decir, sería lo que corresponde. Vivimos juntos, vamos a tener un hijo...

Max – Claro.

Alicia – Muestra un poco de alegría.

Max – Perdón, es solo que... no pensé que tendríamos esta conversación esta mañana. Te lo dije, tengo resaca...

Ella se levanta.

Alicia – Ya era difícil para mí hablarte de esto, pero ahora, ¿ves?, me siento... realmente mal.

Él se levanta y la abraza.

Max – Perdóname, lo siento mucho. Claro, nos vamos a casar... ¿Nos amamos, no?

Alicia – Soy yo la que lo siento. Perdón. No he sido muy... Es mi primera propuesta de matrimonio, ¿entiendes?

Max – Sí... Se nota un poco.

Alicia – Pero no debería ser una obligación tampoco... Si no tienes ganas...

Max – Alicia, ¿quieres ser mi esposa?

Alicia – Sí, quiero.

Max – Entonces, yo nos declaro unidos en matrimonio.

Alicia – Puedes besar a la novia...

Se besan.

7. Emergencia

Victor está allí. No parece estar bien. Cecilia llega, un poco agitada.

Cecilia – Ya logré comunicarme con ellos.

Victor – ¿Y qué dijeron?

Cecilia – Envían una ambulancia. ¿Estás bien?

Victor – No siento mi brazo...

Cecilia – Vas a estar bien. Llegarán en unos minutos. Bueno, eso espero...

Victor – Un infarto, a mi edad... Definitivamente... Solo para eso hubiera sido precoz...

Cecilia – No digas tonterías. Y quizás no sea un ataque al corazón. Pero es mejor no correr riesgos.

Victor – Lo siento mucho por ti... Convertirse en viuda el día de tu aniversario de bodas sería realmente el colmo...

Cecilia – No bromees con eso. Vamos a hacer todo lo posible para que salgas adelante.

Victor – Claro... (*Pausa*) Pero si por mala suerte no salgo adelante, tengo que decirte algo.

Cecilia – Por favor. Sé mejor que tú dónde están todos los papeles, yo soy la que los organiza. ¿Por qué no descansas un poco?

Victor – No estaba hablando de los papeles, pero... mientras llega la ambulancia, podemos hablar, ¿no?

Cecilia – Claro... Pero si es para confesarme que me has engañado con mi mejor amiga, piénsalo bien. Si sales del hospital en dos horas, mañana podrías arrepentirte de haberme hecho este tipo de confidencias...

Victor – Nunca te he engañado, Cecilia.

Cecilia – Entonces te escucho...

Victor – Primero, tienes que saber que te amo.

Cecilia – Lo sé, Victor. Me lo dices todos los días.

Victor – Y tú me respondes que también me amas.

Cecilia – Porque es verdad.

Victor – Pero solo me respondes... Nunca me lo dices primero.

Cecilia – Te amo, Victor. ¿Cómo puedes dudarlo?

Victor – Lo sé, pero...

Cecilia – ¿Qué?

Victor – Siempre me he preguntado si realmente soy el hombre de tu vida.

Cecilia – ¿El hombre de mi vida?

Victor – Es un poco ridículo, pero... siempre he pensado que en el fondo... todavía estabas enamorada de Fred.

Cecilia – ¿Fred?

Victor – El fin de semana en que celebré mi cumpleaños en Normandía, saliste con él.

Cecilia – Eso fue hace mucho tiempo, Victor. Tú y yo no estábamos juntos aún.

Victor – Claro. No te reprocho que me hayas engañado. De hecho, no te reprocho nada.

Cecilia – No lo volví a ver después de ese famoso fin de semana. Ni siquiera vino a nuestra boda. ¿Cómo puedes decir eso?

Victor – Precisamente. Quizás si lo hubieras vuelto a ver...

Cecilia – Te haces daño innecesariamente, Victor... ¿Realmente crees que es el momento?

Victor – Nunca me he atrevido a hablarte de esto. Y quizás no vuelva a tener la oportunidad.

Cecilia – Mi historia con Fred solo duró una noche. Había bebido un poco. Es una historia sin importancia. Conocí a algunos hombres antes de ti, ¿sabes?

Victor – Pero Fred era mi mejor amigo.

Cecilia – Dime, ¿cómo te sientes?

Victor – Mal.

Cecilia – Me parece escuchar la ambulancia.

Victor – Es una sirena de policía. Las ambulancias no hacen ese ruido.

Cecilia – No deberían tardar mucho ahora...

Victor – Entonces...

Cecilia – ¿Entonces qué?

Victor – También estuve allí esa noche. Te cortejé. Pero fue con Fred con quien saliste.

Cecilia – Sí.

Victor – ¿Por qué?

Cecilia – Fred se iba al día siguiente a Estados Unidos. Dejaría Francia por mucho tiempo. Quizás para siempre.

Victor – ¿Y por eso saliste con él?

Cecilia – Sabía que no lo volvería a ver. Al menos no en mucho tiempo. Sí, tal vez estaba enamorada de él. Pero no lo amaba. Te amo a ti. Y eres tú a quien he casado.

Victor – Me hubiera gustado que me amaras en ese entonces.

Cecilia – Te amo hoy. Y no te dejaré ir.

Victor – No me iré, te lo prometo.

Cecilia – Te elegí, Victor. ¿Podríamos haber vivido otra vida, tú o yo? No lo creo. No todos los sueños de adolescentes están hechos para convertirse en realidades.

Victor – Mi sueño eras tú. Y lo has hecho realidad.

Momento de emoción.

Cecilia – Ahora me toca a mí hacerte una pregunta. Necesito saber.

Victor – Sí...

Cecilia – ¿Sabías que tenías problemas de corazón?

Pausa.

Victor – Sí.

Cecilia – Pero no me lo habías dicho...

Victor – ¿Te hubieras casado conmigo si lo hubieras sabido?

Cecilia – Es una pregunta extraña.

Victor – Lo siento... Tenía miedo de que... No quería que me vieras así.

Cecilia – ¿Así?

Victor – No quería que sintieras lástima por mí.

Ella le agarra la mano.

Cecilia – Oigo otra sirena.

Victor – Esta vez es realmente una ambulancia.

Cecilia – Voy a abrirles. Va a estar bien, te lo prometo...

Victor – Claro... Va a estar bien...

8. Los amigos

Están sentados en una mesa y están tomando un café. Silencio incómodo.

Fred – No sabía que estaba enfermo... Bueno... enfermo del corazón, quiero decir.

Max – Yo tampoco.

Fred – Claro. Si no, me lo hubieras dicho...

Pausa.

Max – No se lo había contado a nadie. Ni siquiera a su esposa, al parecer.

Fred – No me sorprende. Victor... tenía un temperamento de ganador. Todo le salía bien.

Max – El salario más alto, el coche más grande... La mujer más hermosa...

Fred – Lo que le gustaba era que lo admiraran. No hubiera soportado que lo compadecieran.

Max – Pero igual murió.

Fred – No se puede ganar siempre.

Max – No... Yo diría que al final, estamos seguros de perder. Todos. Incluso los que tienen... un temperamento de ganador.

Pausa.

Fred – ¿Y tú, cómo estás?

Max – Estoy bien.

Fred – Entonces no has dejado la región.

Max – No. Ni siquiera he dejado el instituto, ves. Porque me convertí en profesor allí. Seguramente me quedaré hasta la jubilación. No debo tener un temperamento de ganador, como dices.

Fred – Hablaba de Victor. Siempre tan susceptible...

Pausa.

Max – ¿Y tú?

Fred – Estoy bien.

Max – ¿Sigues en el sector inmobiliario?

Fred – Sí. Pero he viajado bastante.

Max – ¿A Estados Unidos?

Fred – A Estados Unidos. A Asia. Ahora vivo en el Sur.

Max – ¿El Sur de Francia...?

Fred – Lyon.

Max – ¿Casado?

Fred – Casado. Y divorciado. ¿Y tú?

Max – Divorciado. Y vuelto a casar.

Pausa.

Fred – ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

Max – No lo sé... Mucho tiempo.

Fred – Es una lástima.

Max – Mmm...

Fred – Éramos muy cercanos, después de todo. Éramos amigos.

Max – Sí.

Fred – ¿Lo seguimos siendo?

Max – Claro...

Fred – Pero ya no nos vemos.

Max – Lo has dicho, vives en el Sur.

Fred – Lyon no está en el fin del mundo.

Max – No. Ni siquiera es realmente el Sur.

Fred – No lo sé. ¿Dónde empieza el Sur?

Max – Exactamente, no lo sé. Diría Montélimar.

Fred – Pero Lyon no es el Norte. Tampoco es el Centro. ¿El Este?

Max – No exactamente.

Fred – No el Oeste, desde luego.

Max – Lyon es un desafío para todos los geógrafos, y yo lo soy. No es una localización, es un destino. La prueba es que la Gare de Lyon está en París.

Fred – Tienes razón. Lyon está en medio de la nada. Se llega por la autopista, y se atraviesa por un túnel. Seguro que por eso vivo allí. Siempre he tenido problemas para establecerme en un lugar...

Max – Yo nunca he logrado moverme, ves. Seguro que por eso me convertí en profesor de geografía. Para viajar sin moverme de mi casa.

Pausa.

Fred – El 13 de abril de 2010.

Max – ¿Perdón?

Fred – La última vez que nos vimos fue el 13 de abril de 2010.

Max – Qué memoria...

Fred – Era el cumpleaños de Victor. Había organizado una gran fiesta en su casa de campo en Normandía.

Max – Ah, sí, quizás. De todos modos, no era en su boda. No estabas allí.

Fred – Estaba lejos... En San Francisco, creo. No pude hacer el viaje... ¿Es una queja?

Max – No. Es una constatación.

Fred – Nunca me han gustado mucho las ceremonias.

Max – Pero fuiste a su funeral.

Fred – Sí... *(Pausa)* ¿Qué pasó esa noche, para que nunca nos volviéramos a ver después?

Max – Hoy nos estamos viendo.

Fred – Sí... Más de diez años después. Y tuvo que morir Victor...

Max – Ya no nos veíamos mucho antes de esa fiesta en Normandía, ¿no? Es la vida. Tomamos caminos diferentes. Y nuestros caminos ya no se cruzaron...

Pausa.

Fred – ¿Entonces nunca me has perdonado?

Max – ¿Perdonar qué?

Fred – Lo sabes muy bien.

Max – Te aseguro que no.

Fred – Y nunca me perdonarás.

Max – ¿Pero qué?

Fred – ¡El haber salido con Cecilia! El día del cumpleaños de Victor.

Max – ¿Por qué iba a enojarme contigo?

Fred – Porque supongo que estabas enamorado de ella.

Max – Eso es una tontería.

Fred – ¿No estabas enamorado de ella?

Max – Sí, tal vez un poco...

Fred – Siempre habías estado enamorado de ella. Yo llego esa noche, no la había visto desde... y ella se me echa en brazos.

Max – No salía con ella. No es como si ella me hubiera engañado con mi mejor amigo.

Fred – Entonces lo recuerdas. Y te enojaste conmigo.

Max – Sí.

Fred – Ella fue quien se acercó a mí.

Max – Claro. Y te dejaste llevar, como siempre.

Fred – Nunca la volví a ver después. Y ella no intentó volver a verme.

Max – ¿Por qué me cuentas esto? ¿Es menos grave si es solo una aventura de una noche, es eso?

Fred – Al final, unos meses después, ella salía con Victor. Y tú nunca le guardaste rencor a él.

Max – Él se casó con ella.

Pausa.

Fred – ¿Seguías viéndolos?

Max – Sí. De vez en cuando. La ciudad no es muy grande, sabes.

Fred – Pero nosotros no nos vemos más.

Max – Es complicado mantener una amistad con alguien que vive a quinientos kilómetros de distancia, pero es aún más complicado estar enojado con un amigo que vive justo enfrente.

Pausa.

Fred – Entonces soy el malo, ¿no?

Max – No dije eso.

Fred – ¿Vendrás a mi funeral, al menos?

Max – Dices tonterías. Y tal vez yo muera antes que tú.

Fred – Estaba borracho esa noche. Como todo el mundo. Ella fue quien vino a buscarme. Me dejé llevar, como dices. Ella quería estar con alguien. No sé por qué, me eligió a mí.

Max – Porque sabía que para ti no tenía importancia, probablemente. Que ni siquiera intentarías volver a verla después.

Fred – Seguramente, sí.

Max – Eso es probablemente por lo que todas las chicas se te lanzan a los brazos.

Fred – Sí. Y por eso no puedo mantener a ninguna.

Max – Es cierto, estaba celoso. Celoso de tu éxito. Yo soy el que podría casarse. Por eso les doy miedo. Envidiaba tu ligereza...

Fred – Y yo envidiaba tu rigurosidad.

Max – Querrás decir mi rigidez, imagino.

Fred – Pensaba que tú harías algo de tu vida. Quiero decir, algo que tuviera sentido.

Max – Pero al final, no hemos hecho nada importante, ¿sabes? Ni unos ni otros.

Fred – De todos modos, ninguno de los tres se ha convertido en una estrella de rock, como soñábamos en aquel entonces, cuando recorríamos juntos las salas de fiestas de la región con ese grupo...

Max – Los Rebeldes...

Pausa.

Fred – Entonces es eso... Es por Cecilia...

Max – No.

Fred – No me digas que es por ese último concierto que hicimos juntos, y que me salió completamente mal porque me faltaba una cuerda en mi guitarra...

Max – ¿De verdad crees que es por una chica, Fred? ¿O por una cuerda rota? ¿Que bastaría con que te perdonara para que volviéramos a ser amigos como antes?

Fred – No lo sé.

Max – Es verdad, si hubieras tocado un poco mejor en ese concierto, tal vez habríamos hecho algunos más. Pero no soy tonto. Sé bien que ese grupo no estaba hecho para durar. Nunca nos habríamos convertido en músicos profesionales. Y en cuanto a ser famosos...

Fred – ¿Entonces por qué?

Max – No entiendes, Fred. No estamos enfadados. Simplemente nos hemos perdido de vista, eso es todo. Y en cierto sentido, es mucho más grave. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿conoces el dicho? Ya no hacemos nada juntos. No tenemos nada que compartir. Por eso ya no somos verdaderamente amigos. La amistad no muere en un día específico. Como Victor. Nos alejamos poco a poco. Y no nos vemos porque, cuando lo hacemos, nos recuerda nuestra juventud. Todas las promesas que nos hicimos entre nosotros, todas las promesas que nos hicimos a nosotros mismos, y que no cumplimos.

Fred – Entonces, ¿qué es la amistad para ti?

Max – No lo sé... Es cuando la opinión de alguien cuenta para ti. Cuando te diviertes junto a esa persona. Cuando tienes proyectos en común. ¿Cuáles son nuestros proyectos? ¿Tomar otro café juntos en un año o en diez, con ocasión de otro funeral? Ya no tenemos sueños en común, Fred. Y no estoy seguro de tener sueños en absoluto. Cuando nos vemos, solo hablamos del viejo tiempo. Por eso ya no nos vemos. Porque me deprime. ¿No a ti?

Fred – Lo siento...

Max – ¿Qué?

Fred – Por no haber estado ahí. Por haber desertado. Desertado nuestra amistad.

Max – No tienes la culpa. Yo tampoco. Es la vida. ¿Qué proyectos podríamos tener juntos?

Fred – No lo sé.

Max – En aquella época soñábamos con grabar un disco en Inglaterra.

Fred – Podríamos empezar a hacer senderismo... Con bastones de esquí, ¿sabes? Es más adecuado para nuestra edad que el rock, ¿no?

Max – Vives en Lyon, yo en las afueras de París.

Fred – Podríamos hacer senderismo cerca de Dijon. Cada uno haría la mitad del camino. Ahora, con el TGV...

Max – Incluso cuando vivíamos a dos calles de distancia, ya nos habíamos alejado. Y cuando te fuiste... No te lo reprocho, por supuesto. Tenías nuevas cosas que vivir. Yo también, por cierto. No eran las mismas...

Fred – Además, había que encontrar un verdadero trabajo para ganarse la vida. No se puede estar eternamente estancado en sueños imposibles de realizar. Tienes razón. Ya lo sospechábamos, incluso en aquella época, que nunca nos convertiríamos en estrellas...

Max – De todos modos, ahora estamos seguros de ello.

Fred – ¿Y es por eso, según tú, que ya no somos amigos? Porque no pudimos realizar nuestros sueños de adolescentes.

Max – No. No solo por eso. Los sueños, podríamos haber encontrado otros. Incluso podríamos habernos reído juntos de nuestros fracasos.

Fred – Entonces, ¿por qué?

Max – Cuando éramos realmente amigos, nos veíamos todos los días, incluso vivimos juntos durante un tiempo, íbamos de vacaciones juntos.

Fred – Parece que hablas de una pareja vieja.

Max – Era un poco eso, ¿no? Sin el sexo. Tranquilo, nunca me ha tentado. Pero sí. El amor, la amistad... Es un poco lo mismo. Y no soporta el recalentado.

Fred – Y luego te casaste. Yo también...

Max – Nuestras esposas se convirtieron en nuestras mejores amigas. Con el sexo de por medio. E incluso después de habernos dejado, nuestras esposas a menudo siguen siendo nuestras amigas más leales. Éramos amigos porque no teníamos esposas, Fred. La amistad es cosa de solteros.

Fred – Entonces, ¿no nos volveremos a ver?

Max – No lo sé. A veces es aún más triste verse que no verse.

Fred – ¿Y no tienes amigos?

Max – Compartir una barbacoa una vez al mes, y unas vacaciones una vez al año, ¿es realmente ser amigos?

Fred – Entonces, ¿qué hacemos?

Max – No he dicho que sea tu culpa. Solo quiero hacer las paces conmigo mismo, ¿entiendes? Con el yo mismo que antes era tu amigo.

Fred – ¿Y si formamos otra vez un grupo de rock?

Max – Sería patético...

Pausa.

Fred – ¿Estás seguro de que todo esto realmente existió?

Max – ¿Qué?

Fred – Lo que describes, eso. Nuestra amistad, tal como la mencionabas antes.

Max – No lo sé. ¿No?

Fred – Estábamos constantemente celosos el uno del otro. Estábamos dispuestos a todas las traiciones solo para estar en el centro de atención, solo para tener una chica, incluso robándola a nuestro mejor amigo. En realidad, nos odiábamos.

Max – Sí... Pero nos divertíamos mucho. Y al menos estábamos vivos. ¿Desde cuándo no te has reído de verdad?

Fred – Desde hace tiempo, creo. Tanto como tú, me imagino.

Max – Eso es. Ya no nos reímos juntos. Y no estoy seguro de que nos riamos mucho en general. De lo que se llama reír, ¿sabes? Hasta dolerte el estómago. ¿Recuerdas nuestras carcajadas? Al final, quizás eso es la amistad. Eso es nuestro paraíso perdido. La risa...

Pausa.

Fred – Voy a volver a vivir a París.

Max – ¿No será por nuestra conversación, verdad?

Fred – Lo estaba pensando desde hace tiempo. Porque Lyon, entre nosotros...

Max – Tú decides...

Fred – Siempre podemos hacer senderismo en el Bois de Vincennes...

Max – Es tentador. Lo pensaré.

Fred – Tengo que irme. Mi tren sale en quince minutos.

Max – De acuerdo. Tienes mi número.

Se levantan, dudan y se dan un cálido abrazo. Fred se dispone a irse.

Fred – Por cierto, para mi mudanza... ¿podré contar contigo?

Max – Los amigos están para eso, ¿no?

9. Regreso

Fred llega por un lado, Cecilia por el otro.

Cecilia – ¿Fred? ¿Qué haces aquí?

Fred – Pues verás, yo... he vuelto.

Cecilia – ¿Has vuelto?

Fred – Ahora vivo en París.

Cecilia – Qué bien... Me alegra verte.

Fred – Yo también... ¿Cómo estás?

Cecilia – Estoy... mejorando.

Fred – Lo siento mucho.

Cecilia – Es la vida. Pero es duro...

Fred – Lo entiendo.

Cecilia – Supongo que para vosotros también. Eras su amigo.

Fred – Sí.

Cecilia – ¿Y tú, cómo estás?

Fred – Estoy bien.

Cecilia – ¿Vas a quedarte mucho tiempo en París?

Fred – He comprado una casa.

Cecilia – ¿Has conseguido encontrar una casa en París?

Fred – Trabajo en bienes raíces, sabes.

Cecilia – Ah, sí, es verdad.

Fred – En el Parc Montsouris.

Cecilia – Parc Montsouris... Está al sur, ¿no?

Fred – Al sur de París, sí. Es la primera vez que compro una casa. Hasta ahora... era bastante nómada.

Cecilia – ¿Y a Max, lo has vuelto a ver?

Fred – Acabo de dejarlo. Me ayudó con la mudanza.

Cecilia – Los amigos están para eso, ¿no?

Fred – Sí... ¿Y tú, aún los ves? Quiero decir... desde que se divorciaron.

Cecilia – Claro. Alicia es amiga...

Fred – Ah, sí, es verdad... Creo que sin ti...

Cecilia – ¿Qué?

Fred – Nada, olvídale... Y tú... ¿vas a quedarte por aquí?

Cecilia – Por ahora, sí. Después veremos. No estoy muy segura de dónde estoy.

Fred – Entiendo... Entonces, ¿nos volveremos a ver?

Cecilia – Tal vez. Pero ahora tengo que irme...

Fred – Claro. Yo también.

Cecilia – Hasta pronto, quizás...

Se preparan para irse cada uno por su lado. Él la llama.

Fred – ¿Cecilia?

Cecilia – Sí?

Fred – Si te hubiera pedido que vinieras conmigo a los Estados Unidos aquella noche, ¿me habrías seguido?

Cecilia – No me lo pediste.

Ella sonríe y se va. Él se queda allí un momento y se marcha a su vez.

Epílogo – El laberinto

Dos personajes con máscaras o vendajes en los ojos. Uno llega desde un lado, el otro desde el lado opuesto. Parecen molestos de encontrarse.

Él – ¿Entonces?

Ella – Nada...

Un momento.

Él – ¿Y si intentamos por allí?

Ella – Ya vengo de allí.

Él – ¿Y por aquí, ya hemos probado?

Ella – Sí.

Él – ¿Estás segura?

Ella – Absolutamente. Incluso varias veces.

Él – Entonces, ya no veo...

Un momento.

Ella – ¿Cuánto tiempo llevamos perdidos en este laberinto?

Él – No sé. Mucho tiempo...

Ella – Todo este tiempo buscando la salida, y aún no la hemos encontrado.

Él – ¿Y si no la hubiera?

Ella – ¿Entonces por dónde habríamos entrado?

Él – No sé. ¿Recuerdas el momento en que entramos?

Ella – No... pero debe haber habido un momento en el que entramos. Si no, ¿cómo habríamos llegado aquí?

Él – Tienes razón. Debemos haber entrado por algún lado.

Ella – Sí. Por la salida.

Él – ¿Entramos por la salida?

Ella – No sé... ¿Crees que podría haber una entrada y una salida?

Él – Eso significaría dos salidas posibles...

Ella – ¿Y aún no hemos encontrado ninguna?

Él – O quizá solo había una entrada, y la han bloqueado una vez que estuvimos dentro.

Ella – ¿Ellos? ¿Quiénes son "ellos"?

Él – No sé... Alguien tuvo que diseñar este laberinto, ¿no? Y dado que no somos nosotros...

Ella – ¿Estás seguro de que no somos nosotros?

Él – Si fuéramos nosotros, sabríamos dónde está la salida, ¿no?

Ella – Sí, imagino...

Él – O quizás hemos olvidado.

Ella – ¿Olvidado qué?

Él – Olvidado dónde estaba la salida.

Un momento.

Ella – ¿Crees que somos los únicos en este laberinto?

Él – En todo caso, nunca hemos encontrado a nadie.

Ella – Tal vez nuestros caminos nunca se han cruzado.

Él – Eso me sorprendería...

Ella – ¿Por qué no?

Él – Cada vez que nos separamos para buscar la salida, siempre acabamos encontrándonos aquí.

Ella – Es verdad... Nunca encontramos la salida, pero nunca nos perdemos. Al menos, siempre nos encontramos...

Él – Sí... Estamos condenados a estar juntos.

Ella – ¿Condenados?

Él – ¿Dije “condenados”?

Ella – Dijiste “condenados a estar juntos”.

Él – No, quería decir... Aparentemente... es nuestro destino. Estamos hechos para vivir juntos.

Ella – Sí... pero entonces, ¿por qué pasar todo nuestro tiempo buscando la salida?

Él – No sé.

Ella – ¿Crees que si encontráramos la salida, no seguiríamos juntos?

Él – ¿Juntos? ¿Te refieres a fuera?

Ella – Sí, fuera... ¿Crees que lo primero que haríamos al salir sería irnos cada uno por su lado?

Él – Eso... nunca lo sabremos.

Ella – A menos que encontremos la salida...

Él – Sí.

Ella – ¿Y si dejamos de buscar?

Él – ¿Dejar de buscar la salida?

Ella – ¿Por qué no?

Él – ¿Y qué haríamos en su lugar?

Ella – No lo sé. Podríamos... No sé...

Un momento.

Él – Quizás sea mejor que sigamos buscando, ¿no?

Se ponen en movimiento de nuevo.

Ella – Voy a ver si por allí podría estar la salida.

Él – Y yo por aquí.

Ella – ¿Nos encontramos aquí?

Él – De acuerdo...

Salen cada uno por el lado opuesto al que entraron.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Agosto de 2024

ISBN 978-2-38602-241-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.